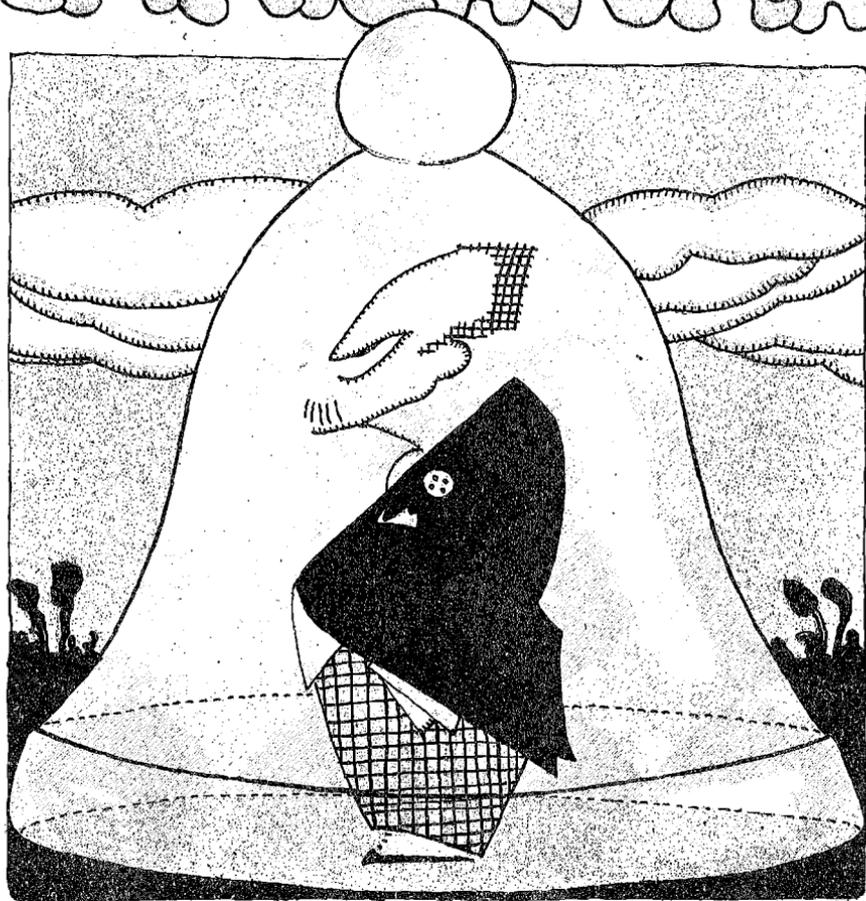


Wingo Byron Moncayo

CARICATURA



El caso de un candidato.

KANELA
XX

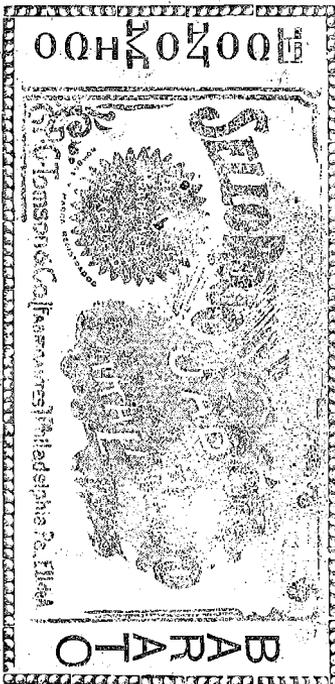
Gonzalo - Me encerraré en "La Campana" y me dedicaré a la cerveza. (a fabricarla).

Vinos españoles
legítimos

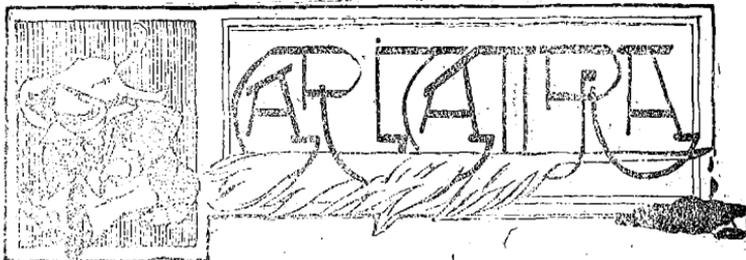
Y LICORES EXTRANJEROS

Precios fijos.—Carrera
Guayaquil, Núm. 33

F. E. Cahora.



J
A
B
O
N
G
I
T
A
N
A



SEMANARIO HUMORISTICO DE LA VIDA NACIONAL

REDACCION Y ADMINISTRACION CALLE GARCIA MORENO N.º 30

APARTADO DE CORREOS LETRA Z

AÑO II

Quito, Enero 18 de 1920

NÚMERO 51

OTRA VEZ

*Se puede, señores?
Soy «Caricatura».....*

Así empezó el admirable Saullo, en la noche del jueves, para iniciar las sorpresas de la Revista "Sin Batuta".

Sí, lectores. Esa, y ésta; ésta que viene aquí, frívola e imperturbable, con la usual sonrisa dominiguera; ésta que trae el mañojo disperso y revolucionario, el puñado de enartillas que entre ironías y sonrisas, trae las notas de Arte, ésta, ésta es "Caricatura".

Esta es la irreverente que reclama su sitio en la vida monótona de la semana, para romper con un loco paréntesis, por lo menos la aburrida jornada dominguera.

Esta es . . . o mejor. esto ha-

ceinos nosotros. Nosotros que hemos corrido al tedio de hacer algo, para nuír del tedio de no hacer nada; que buscamos cada semana la forma de dar a nuestro público lector el cuarto de hora humorístico que va ya siendo costumbre y que por más que no lo quieran ciertas gentes, ya va haciendo falta.

Oh! la burla, la sátira, el flecha sol . . .

Nos hemos alejado un poco para ver mejor la vida, para analizarla más cómodamente, para que la turba loca que se agita no nos lleve, no nos aturda, no nos ciegue . . .

Hemos pensado que lo mismo que nosotros hacemos, el mismo comentario festivo, la misma burla, existe y anda por todas partes en todos los labios, en todas las

mentos. Que nuestro pueblo, esencialmente frívolo y burlón, violento, apasionado, capaz de todos los arranques, profesa para todo lo que significa una labor seria y tenaz, una musulmana indiferencia. ¡Si aquello ha quedado solamente para los adustos pueblos del Norte!... Aquí, lo mismo en las juntas de graves señores que en las reuniones de la mozallada; entre las majestuosas señoras como entre las parleras chiquillas, juguetea y retoza incesante la frase burlona, la fina sátira, la irreverencia, la murmuración, la crítica picante, el apodo ingenioso.

¡Si hasta los señores q'—haciéndose ahora los serios—llean los más importantes cargos y dirigen *la nave del Estado*, (como se dice en cursi), han sido tremendos humoristas, autores de bromas históricas, chistes célebres y locuras geniales!

¡Si aún ahora y en el momento menos pensado, son capaces de burlarse de un entierro y cualquier día con un chiste echan a pique un Parlamento!

¡Si ha hervido siempre en nosotros la sangre de la rebelión y de la irreverencia, y en las escuelas, nos hemos reído de nuestros pobres maestros, y en los colegios, de los santos sacerdotes, y en las Universidades, de los sabios doctores!...

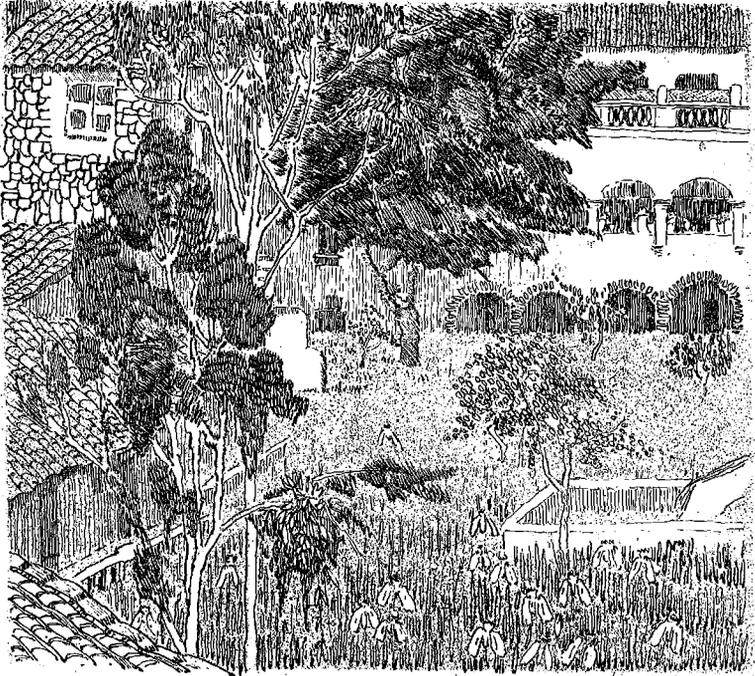
Quantas veces, mientras un sa-

bio y respetable profesor consumía y agotaba su fósforo, frente a los bancos, nosotros... (este *nosotros* es universal), hemos reído... reído... pensando en la calva venerable, en la nariz arremangada, o en la enorme boca del querido maestro.

Olaro que hay excepciones. Olaro que existen siempre unos pobres jovencitos devotos que creen que burlarse de la Curia, del Consejo de Estado, o de las otras cosas respetables, es pecado..., talvez mortal!

Nosotros, un poco más francos; un poco más explícitos, no hemos hecho sino traducir este natural, esta espontánea manera de ser, esto... que nos sale sin violencia, sin la actitud forzada de aquellos que escriben por sueldo y tienen que crearse ideas, convicciones, principios políticos, amar loco a tales o cuales personajes que al fin o al cabo valen lo mismo que el zapatero de la esquina.

Pero nuestros hombres más irónicos, los murmuradores más tremendos, los motejadores más insignes, los ingenios . . . mejores, sin duda, están . . . ¡oh lectores! en la Corte Suprema, en el Municipio, Ministerios, Banca, etc., etc. pero sus producciones permanecen inéditas . . . y se van propagando sólo por tradición oral . . . de padres a hijos.



1909
XX

Apunte del Monasterio del.

Carmen bajo

Tristeza ultramarina

Tronville, 7 de Agosto de 19 . . .

«... y tengo la obsesión de su cara pálida y llena de amargura, cuando vino a decirme adiós!

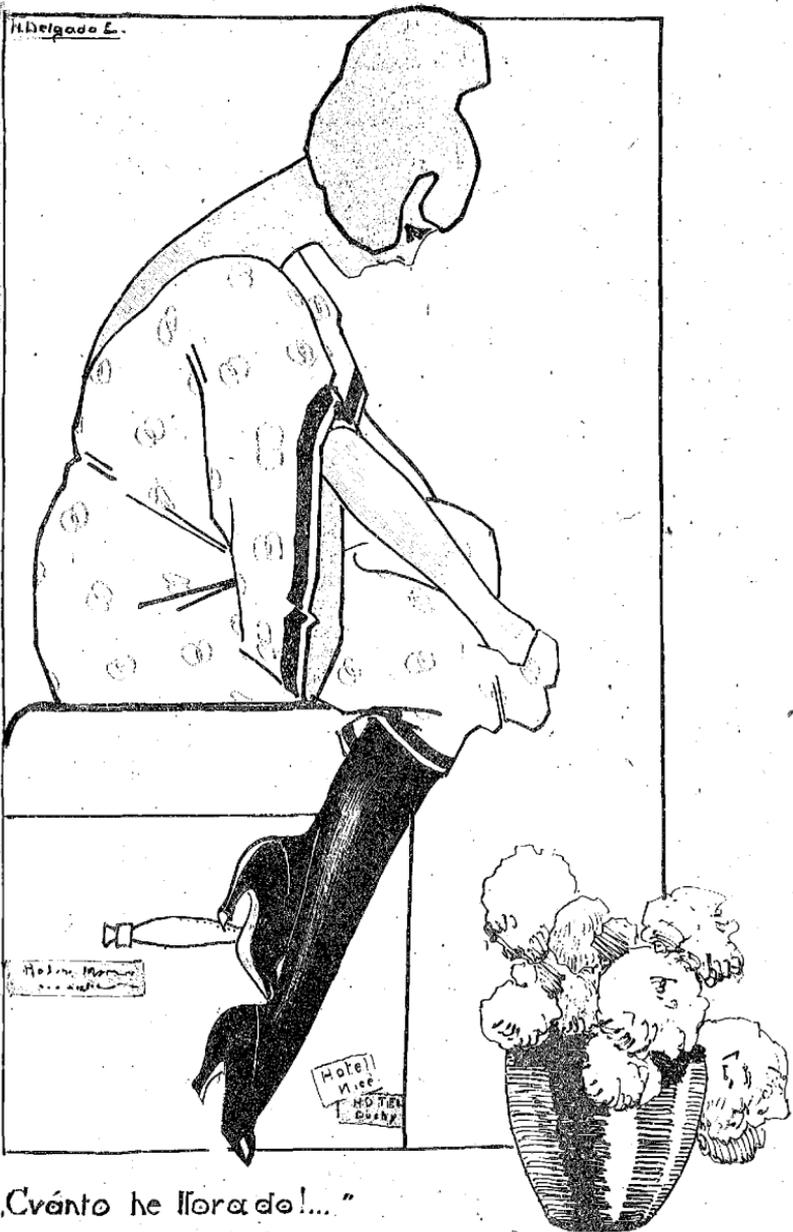
«¿Cómo no comprendió usted en la mía el deseo loco de una caricia suya, la primera y la última, una caricia no de boca a boca, sino de corazón a corazón? ¿Cómo no leyó en mis ojos, el cariño, el amor profundo que desde hacía meses invadía mi alma? ¿No sintió usted que mis ojos, mi boca, mis manos, mi ser todo entero lo pedía, le gritaba: líveme lejos, muy lejos de aquí. Líveme a su país, que quizá en esos lugares desconocidos, tropicales y exóticos, pueda yo olvidar tantos desengaños? ¿Cómo no comprendió mi agonía al despedirse?

«Ah, amigo mío! Es que usted ignora mi vida. Y antes de contarle lo angustioso que ha sido para mí el contenerme, el ahogar mis ímpetus de pasión hacia usted, *de pasión*. ¿lo comprende? sí, de una pasión torturante y cruel por lo muda y contenida, quiero que sepa un poco de mi vida: Después de un noviazgo, de un idilio de casi dos años, me casé con un hombre de aquellos que, por toda clase de razones, se les puede llamar un *buen partido*. A los once días tuve mi primera decepción: el primero y único choque decisivo que cambió mi vida para siempre. Me hallaba cenando con mi marido en el "Café de París", orgullosa de presentarme con él, tan guapo y elegante con su uniforme de oficial de caballería, cuando en una mesa poco distante de la nuestra encontrábase una linda muchacha, que desde el primer momento me llamó la atención por su elegancia y por la insistencia con que nos observaba. Al principio pensé que era lo natural, pues mi marido era quizá el más seductor de los concurrentes de esa noche, y mientras el hombre a quien queremos no se desentenda de nosotras ¡cuál es la que no se siente orgullosa de que las demás

le admiren? . . . Pero una ligera sonrisa y un guiño de ojos de la muchacha me conturbaron. Pregunté a Jorge qué significaba aquello: me dijo que se trataba de una antigua amistad terminada hacía tiempo, y que no se explicaba la libertad que se tomaba la linda muchacha, no habiendo motivo para ello. Tan vaga explicación me amargó. Toda la elegancia del sitio, los tziganos, las luces, las parejas de bailarines, etc., perdieron, para mí, el encanto del principio, y una especie de fiebre nerviosa abrasaba mi frente y cegaba mis ojos. . . . Mi marido trató de consolarme, pero una angustia y una inquietud enormes se apoderaron de mí el resto de la comida. Pero, amigo mío, cuando trajeron la cuenta, mi marido, fingiendo hacer observaciones a la adición, y confiando en mi estado y en la habilidad de los mozos del restaurante en esos casos, escribió: «*Diga a la señorita Jeanne que me espere aquí hasta las 11*». El creyó haberlo hecho con destreza, pero lo leí. Hice un esfuerzo supremo para dominar la rabia y la amargura que me asfixiaban. Tal vez el proyecto loco que pasó por mi imaginación en un segundo de desesperación me dio fuerza para ello: ¡huir, huir vertiginosamente y botarme al Sena!

«Salimos; la noche era clara y tibia, aunque había algunos autos, a mi marido se le antojó caminar. Acepté con la esperanza de que esta circunstancia favorecería mis desesperados proyectos: Habrían pasado unos cinco minutos de un silencio absoluto, cuando a Jorge se le ocurrió fumar, y no encontrando en su tabaquera un solo cigarrillo, decidió ir a una cigarretería. Se detuvo en una, cerca de la plaza de la Magdalena. Mientras se alzaba de mí, todo lo vi claro: ¡huir de él para siempre, con la muerte si fuera preciso! Detuve un auto que pasaba, y a mi voz imperiosa de «*a la estación de Lyon, pronto, pronto*», partí veloz. A los cuarenta minutos debía salir un

Ribeigado E.



Hotel Morn
... ..

Hotel
N. de
HOTEL
Cathy

„Cvánto he llorado!...“
(TRISTEZA ULTRAMARINA)

tren para Italia. En una exaltación terrible y con la inquietud de ser sorprendida tomé un compartimiento en el *Wagon-Lits*, y partí sin una valijita siquiera, con una *toilette* de noche y un abrigo de pieles! ¡Así pasó mi duodécima noche de luna de miel... Durante mi permanencia en Florencia acaeció en París el duelo entre mi marido y mi primo, cuyos detalles y causas referentes a mi desaparición usted los conoce. En Roma, en Viena, en Birritz, en Niza, tuve tantos cortejadores, tan vulgares... ¿A cuál iba yo a creer, siendo todos ellos inferiores a Jorge en figura, dulzura y delicadeza? ¿Cuál de ellos, todos moscones de salón, habría sido capaz de una adoración constante (así lo creí) de dos años, como la de mi marido durante el noviazgo? ¿Comprende usted, amigo mío, el por qué de esa constante tristeza y de ese constante escepticismo que me dominó siempre? ¿Qué declaración amorosa, por real y sincera que pareciera, podía yo creer, si mi Jorge, el entonces mi idolatrado Jorge, a los once días de unidos, me clavaba un puñal en el pecho? ¿Qué me quedaba en el mundo? ¡Mi vida envuencada a los 20 años!

«A mi regreso de Lucerna y después del arreglo de mis intereses comencé una vida extraña y loca. No quiero contarle detalles; siempre evadí sus preguntas al respecto. Son demasiado tristes, demasiado amargos, para que los pueda recorrer con la memoria, y quizá algunos de ellos le harían pensar mal de mí, por no estar usted completamente dentro de mis tristezas....»

«¿Cuánto he sufrido!..»

«Cuanto he llorado, Mario, mi Mario inolvidable! He seguido la cuenta de su viaje, y según los días que marcan las banderitas en la carta geográfica que me dejó, usted debe estar ya cerca de las Antillas. Ahora que se halla tan lejos le confieso mi amor; sí, Mario mío, yo lo quería, yo lo quiero aún. Usted creyó ver una vez en mí pupilas «algo, algo... — me decía usted—algo que me promete dicha y amor, algo que me llega hasta el alma...» y no se equivocaba usted. ¡Cuánto lo quería yo! Sí, Mario mío, mi angustiosamente

adorado Mario: mis negativas eran falsas. Lo amaba con mi alma y mi vida entera, y sólo el remordimiento de haber desperdiciado tanto amor mío, tan mal empleado, me hizo siempre callar. Yo sabía, yo sentía que usted me quería, pero nunca como yo habría deseado que me quisiera, como tampoco yo podría quererlo; tenía mi pasado. Usted no era conmigo como ordinariamente son los hombres con nosotras; usted sabe lo que quiero decir al escribir *nosotras*. Usted me trató siempre como a una señora. Mi triste vida por los cafés y por los bares tenía ahora la ilusión de encontrarlo, alguna vez, en ellos. En ántos momentos felices lo debo, te debo, Mario de mi alma, Mario mío; esa primera noche en el pabellón azul de Saint-Cloud; las horas cívicas, tranquilas y de olvido en tu estudio... ¿Recuerdas la noche que asistimos a *Zazá*? Estuve pesada e insuportable, ¿verdad? pero tú no comprendías que estaba viendo en el fin del drama lo que debía ser el fin, también, entre nosotros; con la diferencia que *Zazá* tuvo la satisfacción de confesar su amor a Dufresne, mientras se entregaba entera. Yo debía callarlo. No tenía derecho de desorientar tu porvenir, ni contrarrestar tus proyectos de regreso a América... No, mi amor era mudo, silencioso y torturante; debía ser así y así fue.

«Al recibir de esta carta ya no estaré en Francia, parto muy lejos; no quiero decirte mi destino, casi yo misma lo ignoro, y pienso que rara será la mujer que sintiéndose amada por un hombre, y adorándolo ella, haya pasado por el martirio cruel, sobrehumano y mortal, de callar su pasión mientras te daba su boca y su ser entero....»

«Adiós para siempre; te

Tanya».

Las últimas palabras eran casi ilegibles: estaban escritas nerviosamente y había borrones de lágrimas que extendían la tinta.

NICOLÁS DELGADO E.

Crónicas callejeras

La ventana del bazar atrae la mirada de los paseantes. Hay vestidos de seda, cintas multicolores y sombreros caprichosos para adornar a las bellas muñequitas que son el tormento de nuestra vida. La ventana es la viva representación de la serpiente bíblica, tentadora, llena de fascinaciones y de misterios: ¿cuántos cuerpos parecerían a gloria si pudieran envolverse en las sedas y en las pieles? ¿cuántas cabezas pudieran lucir la galanura de los rizos bajo un sombrero de flotantes plumas o tocadas con el gorro pierrotesco y ágil.

Unas cuantas chiquillas vienen por la calle, alegres como gorriones escapados de la jaula o como flores que reciben la caricia del sol. Pizpiretas, lo llenan todo con la risa jocunda de sus bocas rojas. Los ojos sonríen también al presentir la mirada golosa de los transeúntes. La calle resuena en fiesta bajo el taconeó rítmico.

Pero el bazar ha salido al paso, con su ventana llena de fascinación. Las niñas callan y presintiendo lo misterioso se estrechan como buscándose una defensa. Las cintas, las sedas, las pieles son co-

mo ojos que hipnotizan y atraen. Las chiquillas contemplan, pegadas a los vidrios de las ventanas los dorados primores con que ensoñaron siempre. Y piensan. Piensan como podrían lucir sus cuerpos jóvenes y hermosos dentro de los trajes frufutantes; piensan en el calor de la carne al contacto de la seda cálida, piensan en la admiración de los hombres y en la caricia de las miradas enloquecidas de deseo.

Y cuando temblorosas y anhelantes vuelven a la realidad de la vida, dejan escapar un suspiro y apresuran el paso para alejarse de la ventana embrujada en que está la serpiente de la tentación. Las boquitas locas ya no sonrían como antes y más bien se contraen llenas de amargura. Si se les alcanzara de fábulas mitológicas, sentirían que Júpiter no baja hoy convertido en lluvia de oro. Y claro que se los alcanza: muchas de ellas vuelven a sonreír alegres y devuelven en miradas encendidas la fascinación que recibieron.

Un señor gordo y calvo, que corre anhelanto tras las chiquillas, hará con alguna de ellas las veces de Júpiter. J. SYLVANO.

Poemas ultraístas

—0—

TRIGO Y JARAMAGO

Albino todo y amarillo, valle y colina, como dos cabezitas de niña y de niño que durmieran todavía, una contra otra, entre las blancas cortinas resadas de la mañana. A ras de flor, cual un ensueño, la brisa. Y como oídos en el sueño de los niños, pájaros en un venir melodioso al despertar de calor y de alegría.

ORILLAS NOCTURNAS

Un campo muy bajo, casi sin campo, terroso, gris, seco. Un cielo, muy alto, cielo solo, blanco. Un gran olor a heno, áspero abajo, purísimo arriba. ¿Se van a separar la tierra y el cielo? . . . Grillos y estrellas, eurodadados atan el paisaje.

JUAN R. JIMÉNEZ.

AMADO NERVO.

Las ideas de Tello Téllez

V

LA ERUDICIÓN, SEGÚN TELLO TÉLLEZ (1)

» No sé quien dijo que la erudición es una forma de la pereza: Evita, en el efecto, la fatiga de pensar.

» Con un poco de método y de laboriosidad, se es erudito. Con un poco de *cuidado*, se es castizo. Lo que no se puede ser ni con laboriosidad ni con *cuidado* es lo que *Salamantica non prestat*: pensador.

» Una tendencia que ya va siendo vieja (porque hasta ahora las tendencias envejecen con suma facilidad) es la que consiste en sacrificarlo todo a la erudición.

» Se escribe un libro sobre cualquier cosa: y es preciso haber leído para escribirlo una biblioteca (o cuando menos medio Larousse, diez almanaques Hachette y diez diccionarios de esos prácticos y manuales de Armand Colin. . .)

» El público, en cambio, suele no leer el libro, porque con su seguro instinto, el público quiere, sobre todas las cosas, interesarse.

» Eternamente cierto es lo que fué evangelio de muchos hombres ingeniosos de la generación pasada, "El único género que debe evitarse es el género fastidioso." Lo esencial en un libro, sea científico o literario, es interesar. Si pretende enseñar algo, ha de cautivar primero la atención. Si no pretende enseñar, sino deleitar tan sólo: . . . ¡claro que ha de cautivar también la atención! Esto, en absoluto, sobre todas las cosas.

» Preguntaron en una ocasión a Dumas hijo:

» — ¿Cómo se las arregló vuestro padre para no escribir jamás una página fastidiosa?

» Y respondió:

(1) Consta que yo pretendo ser un erudito en mis ratos perdidos. . . ¡Puede darse por lo tanto mayor imparcialidad que la mía al publicar esta especie de diatriba de T. T. contra la erudición! Sea juez el lector. — (Nota de A. N.)

» — ¡Porque una de las cosas que no sabía, era fastidiar!

» Imitemos a Dumas, cumpliendo el undécimo mandamiento. . .

» Es tarea decorosa citar cuanto se ha escrito con respecto a un asunto. ¡Pero es aún más decorosa tarea pensar algo propio acerca de él.

» Santa Teresa de Jesús (escribió en días pasados Armando Palacio Valdé.) no tenía conocimiento del lenguaje, no había leído más que algunos libros piadosos y otros cuantos de caballería, y, sin embargo, es la mejor escritora de nuestra literatura.

» No es, pues, la erudición la que ha de avalorar nuestros libros. Pero tampoco el procedimiento.

» El procedimiento. . . ¡uff! (esta interjección ¡uff! era peculiar de T. T.)

» Hay mucha gente que cree encontrar la originalidad en una fórmula, en una receta literaria.

» Debiera pensar esta gente que siguiendo el cauce sereno del propio temperamento, se encuentra siempre la originalidad.

» La sinceridad es la originalidad por excelencia, porque merced a ella nos parecemos siempre a nosotros mismos, que es a quien debemos parecernos, pareciéndonos a nosotros mismos, seremos siempre varios en el estilo, ya que nos asomamos al espejo en que se copia todos los días análoga, pero todos los días distinta, la fisonomía de nuestra propia vida.

» ¿Habéis visto mayor originalidad que la de la naturaleza?

» Contemplad un paisaje: el que sea más familiar para vosotros, aquel que veis todos los días desde vuestros balcones, y lo veréis a diario diferente. No sólo se diversificará según las estaciones, sino que será uno en la mañana y otro en la tarde, para ser otro bajo la blanda y misteriosa plata de la luna. . . .

» ¡Pero qué digo! ¡Cambiará cada hora, cada minuto, cada segundo!

» Y, sin embargo, la perspectiva es fundamentalmente la misma.

» Yo recuerdo haber leído lo difícil que es dibujar los detalles lunares. A cada instante la luz les transforma, variando su tonalidad de tan singular modo, que cansan y desesperan el pincel del astrónomo.

« Imitemos por lo tanto a la naturaleza, siendo como ella sinceros, como ella ingenuos, como ella movedizos y cambiantes.

» Huyamos de procedimiento.

» El procedimiento es el recurso de los que no tienen recurso mental ninguno. Merced a él, los que carecen de personalidad se embozan en la personalidad ajena; los que no tienen camino propio, van a la vera, al margen del amplio o estrecho camino de los demás.

» Los espíritus subalternos se enamoran del procedimiento. Es en general lo único que ven y lo único que

ven y lo único que los seduce. No advierten que quien lo usa posee una individualidad poderosa, de la que este procedimiento deriva, sin que él se dé cuenta. No se percatan de que ese procedimiento es eminentemente suyo: de que el traje ajeno que van a ponerse les vendrá muy largo....

» Más aún, las modas literarias pillan sólo las aristas, los perfiles exagerados; llevan en sí un supremo don de caricatura. La casaca de Brummel se les vuelve un trapo ridículo....

» ¿El remedio? Uno sólo, ya lo dije: ¡Sinceridad!

» Tengamos el valor de nuestra pequeñez.

» *Mon verre est petit, mais je bois dans mon verre...* »

TELLO TÉLLEZ.

Por la copia: *Amado Nervo.*

ENSUEÑO

Aún sueña en las piedades del ocaso
mi corazón, dorando su quimera;
y con la unción galante del que espera
recoge nuevas flores en tu vaso.

¿Escuchará sonar tu leve paso
en la bóveda de fresca enredadera?
¿y llegarás como una primavera
prometedora de jazmín acaso?

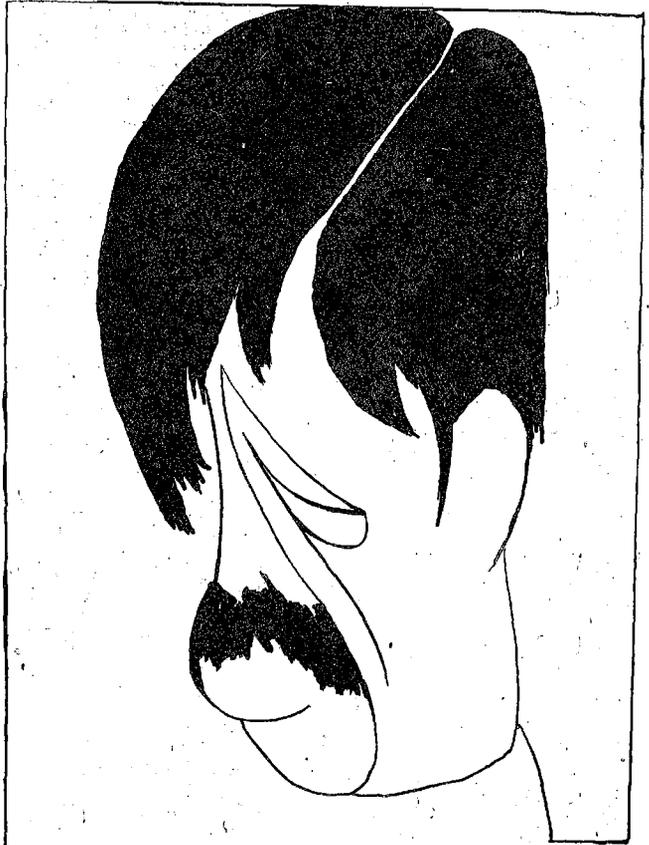
Siguen tejiendo rimas mis telares;
con copos de levísimos cantares
el olvido hilará sus telarañas....

Y si una tarde llegas triste, deja
mi amor como la última madeja,
asilarse, temblando, en tus pestañas.

Invierno de 1919, Guayaquil.

J. J. Pino de Icaza.

NUEVO FACULTATIVO



Latorre

Graduado en la Universidad
de León.....de Francia.

ANA SWARTZ

Cosa inusitada: acababan de pagar varios sueldos atrasados a los profesores de la Universidad. Estos, como es natural, encontrábase de un humor espléndido y decidieron festejar tan fausto acontecimiento en el famoso Bar Royal. Sentáronse, en efecto, más de quince doctores de los más conspicuos, al redor de una mesa y, por pronta providencia, pidieron un cachito, con el objeto de hacer fondos para lo que pensaban consumir. Después de haber tomado algunos *turnos* de cocktails, reinaba la más franca alegría; todos hablaban y charlaban hasta por los codos, contaban aventuras amorosas, cada cual más saladas y pi-carescas. Snasnavas, un Doctorcito pequeño, de ojitos brillantes y bigotito recortado a la inglesa, dijo: «Voy a contaros una anécdota que me aconteció cuando era estudiante de medicina, en Berlín. Hallábase una noche en Unter den Linden, una de las más hermosas Avenidas del mundo, sólo, completamente sólo, con esa soledad que experimenta un extranjero en las grandes ciudades, en medio de millares de seres desconocidos. Considerábame rico, pues estábamos a principios de mes y todavía me quedaban unos 150 marcos de los 350 que me pagaba nuestro generoso Gobierno. Estaba yo mirando las vitrinas y los escaparates cuando de repente pasó junto a mí una rubita de lo más lindo que Uds. pueden imaginarse, una alemanita con unos piececitos, . . . unos andares . . . y unos ojos que me dejaron patéticos. Seguí inmediatamente y ví que después de un momento se detuvo delante de un gran almacén de modas y se puso a mirar las medias de seda, camisas caladas, corsets, en fin, todas esas cosas por las cuales se vuelven locas las mujeres. Me acerqué y le pregunté si le gustaban unas ligas rosadas con hebillas de plata, y ella muy amable, con su vocecita argentina, «son preciosas, me dijo, pero excesivamente caras; mire Ud., ahí está marcado el precio, valen seis marcos

cincentas». Le dije entonces: «Fraulein, si le gustan a Ud. y si Ud. no toma como una grosería de mi parte, me permitiría ofrecerselas». Ella se puso encendida y me contestó con un *ya* que me volvió el alma al cuerpo. Entré al almacén como un rayo, y regresé como un relámpago con mi preciosa compra. Ella me estrechó la mano en señal de agradecimiento; entonces, le dije: ¿no quisiera Ud. oír un poco de música?—Con mucho gusto, contestó ella, es mi pasión favorita.

Nos dirigimos, pues, al concierto más cercano y nos sentamos ante una mesa de mármol.

«Traiga Ud. una botella del mejor champagne, ordené al mozo.

Al cabo de un momento éramos futuros amigos, nos hacíamos confidencias y parecía que nos hubiéramos conocido toda la vida. Estábamos en lo mejor de la conversación, cuando noté que el champagne se había terminado pedí otra botella, y después otra. El resto no me acuerdo, si no que al día siguiente, al despertarme, me encontré en una habitación completamente desconocida, rodeado de toda clase de objetos extraños. Casi me vuelvo loco y en efecto me hubiera vuelto si no veo entrar una persona en quien reconocía a mi Fraulein que venía con un charol lleno de tostadas, dulces y un café exquisito. Acercándose al lecho me dijo, riendo: «Loquito, qué pésima cabeza tienes, te persiste muy malo anoche, tuve que sacarte la cartera para poder pagar el champagne y el auto en que te conduje a mi casa, como no podías tenerme en pie tuve que desvestirme y meterte a la cama; en cuanto a mí he pasado toda la noche en este canapé oyéndote roncar. Voy a hacerte ahora la cuenta de lo que gastaste anoche. Encontré en tu cartera 150 marcos, tomamos cuatro botellas de champagne a 20 marcos cada una, lo que hacen 80; galletas, auto, propinas, 20; total, 100 marcos, aquí tienes los 50 restantes.» Avergonzado y al mismo tiempo encantado de la bondad y honradez de la muchacha,

le agradecí desde el fondo de mi alma, y tuvo muchísimo dolor cuando llegó el momento de despedirme de ella; lo pedí, eso sí, su dirección.

Entre los doctores que escuchaban el relato del simpático Suasnava, encontraba al Dr. Moro, notable por ser inventor de famosos calchidas. No había perdido una sola palabra de la narración y de vez en cuando la interrumpía con su favorita exclamación: "¡Oyá!" Dirigiéndose al Doctor Suasnava le dijo: "Voy a pedirle un favor, doctorcito, abusando de la amistad que le profeso; y es que si Ud. no tiene inconveniente me dé la dirección de esa *gringuita* tan bonradita. Puede ser que algún día me vaya por esas tierras... El Doctor Suasnava que había empinado, lo suficiente, el codo, negábase, alegando que no era propio de un caballero dar el nombre y dirección de sus relaciones; pero Moro

insistía con tanta tenacidad que todos los demás colegas intervinieron suplicándole y haciéndole ver lo distante que estaba ella; que, por fin, cedió en ello y tomó un lápiz y un pedazo de papel entregó al Doctor Moro la siguiente dirección.—Ana Swartz, Leipzig Strase N° 169. Era de verse la cara de gozo, el júbilo que inundó el semblante del simplicísimo Doctor Moro.

Poco tiempo después el Doctor Suasnava contaba a sus íntimos que no sabía cómo se le había ocurrido esa historia; en cuanto al Doctor Moro, fué tal la impresión que le produjo, que ha renunciado ya la Cátedra, vendido casa y hacienda, está curándose los callos y partirá la semana entrante a Berlín, en busca de Ana Swartz.

Q. Q. Fate

INSOMNIO

Hay momentos de angustia en que el alma quisiera
aprisionar la rosa de los sueños más puros,
largas noches de insomnio en que nuestros oscuros
destinos lamentamos a la lumbre sincera
del corazón que llora y que llorando espera.

En nuestra mente flotan, tormentosos y duros,
mil antiguos recuerdos y presagios futuros,
y todo el mal que empaña la gloria verdadera
del claro paraíso que ya nunca tendremos.

Las horas van pasando, como el agua de un río
oculto y silencioso. Hasta que al fin, al ver
que cada instante todo se torna más sombrío,
cansados del enorme peso que sostenemos,
lo abandonamos todo con pena y con hastío,
sin podernos dormir hasta el amanecer.

Rafael Lasso de la Vega.

PICKLES

El mejor de los Redactores de «La Epoca», que por ciertos pechos y señales supongo, que debe ser un cierto cordero; el mismo que en la cuarta plana de ese periódico, dice el viernes pasado:—*Invitación.*—*Hemos recibido una invitación para asistir a la segunda feria de animales, que se llevará a cabo en el Ejido el 25 de este mes.—Agradecemos la invitación*”;

El mismo cordero que firma *Record*, en otra parte y que irá a la Feria, pero no a la sección de ganado lanar, sino a otra... que ya se imaginarán los lectores; el mismo... tiene en otra parte un párrafo tan notable, que no puedo dejar de transcribirlo: *“Que el armamento de nuestro ejército es recortado, y que ello sirva de mofa, no vemos ni la idea ni la gracia; pero sí se nota, a primera vista la contradicción de los chicos de «Caricatura» ellos que se dicen civilizados y se precian de modernistas, pretenden atacar el adelanto de la ciencia, con relación al ejército, en su material bélico....!!!”*

Textual, lectores; sin quitar ni poner una línea!...

Al leer eso, claro que se me han venido a los labios y aún he dicho tres o cuatro epítetos. No los pondré aquí, naturalmente; pero estoy conforme con lo mismo que se les ocurrirá a mis lectores.

Y «La Epoca», con ese criterio mestizo que tanto la distingue, publica encantada en la primera plana la crítica de *Record*, imaginan

do que nos iba a dar el gran golpe. No. De ningún modo. Ni nos hemos sorprendido siquiera. Ya esperábamos, tranquilos y rientes, el aguacero que se nos venía encima. Y antes que todos los críticos, ya sabíamos de sobra que la revista «Sin Batuta» era mala, mala de remate.

Por varias razones.

Por el desprecio hecho a «La Epoca», a la que no la quisimos considerar como de la prensa.

Por la rapidez con que se trabajó esa Revista;

Por la serie de prohibiciones, censuras, obstáculos, idas, venidas, correrías, sustos, correcciones y arreglos hechos a escape;

Por la estrechez del tiempo, que no permitió tener los ensayos necesarios;

Etc., etc., etc.

Lo primero, ya lo corregiremos. En la próxima representación saldrá «La Epoca», . . . y pierdan cuidado . . .

En cuanto a lo demás, esperamos que juzgue el público consciente, sensato y civilizado, que las demás opiniones ni nos sorprenden, ni nos importan.

Eso sí, corrijamos una mentira de «La Epoca». La Revista «Sin Batuta», no es obra de todos los talentos de «Caricatura» como dicen, sino sólo de dos redactores, cuyos nombres nunca revelaremos.

Y hasta la nueva representación, lectores,

(COLABORADO)

UN FILM ELECTORAL

Para «Caricatura»

Lector: Con la mano izquierda sobre mi pecho y la derecha sobre unos Evangelios un poco usados, que en mi casa tengo, te juro que es verdad esto que te voy a contar.

Alejado por mi carácter independiente y por un refinado instinto de hábitos de higiene, jamás he participado en lo que hemos dado en llamar los derechos y deberes que el patriotismo impone a todo ciudadano amante de la prosperidad y engrandecimiento de su Patria; y como el más alto relieve de estos derechos es el de sufragio, precisamente no había tomado parte en él; pero, como alguien ha dicho «nunca está por demás encanallarse un poco de vez en cuando», pensando en esto me dije: Yo no he ido a inscribirme en mi parroquia, es natural que mi nombre no conste en el Catastro, pero bien puede ser que el señor Juez, acucioso en el desempeño de sus funciones, me haya inscrito por su propia cuenta. Con esta segura reflexión que acudió a mi mente, me lancé a la calle con dirección al Juzgado.

Presento mi saludo al señor Juez, quien departía en amigable charla con unas cuantas cosas, que parecían casi personas, pero que resultaron, fijándose bien, ser dos Chapitas y un Cancarbero de la causa.—Señor Juez, vengo a ejercer el sagrado derecho de sufragio.

«Cómo se llama Ud?»

—Yo, me llamo César Humberto Waudenberg.

El señor Juez, muy diligente me señala mi nombre inscrito ya en el Catastro y me indica que no puedo votar porque ya lo han hecho por mí.

Pero cómo! . . . si yo soy . . . oigo repentinamente graznidos a rededorío y sabiendo lo que puedo acontecer ermo sonrío y vuelvo a fijarme en mi nombre y . . . horror! vi escrito SEZAR UNVERTO GUANDENVER, con letra desigual e insegura. Oar . . . ! pero me contengo por instinto de conservación y riéndome le digo al señor Juez: mi querido amigo, tiene Ud. justa razón; y completamente es candalizado fui a tomar asiento en una banca del parque, desde donde pude divisar como se movían los murfecos de cuerda para representar la «Gran Farsa»; y meditando en lo que me había pasado, deduje por consecuencia lo ventajoso que sería enseñarles quince días antes de verificarse esta Tragi-comedia, un curso rápido de Ortografía Eleccionaria, a los *Chapitas* de mi tierra; esto se llevaría a efecto con sólo un poco de buena voluntad de parte del señor Intendente de Policía, y así veríamos que el *Candidato popular* saldría sin manchas . . . de Ortografía en la fiesta electoral.

Confiado en la saludable lección que he recibido, no pienso nunca más ser tan ciudadano ni tan patriota.

Quita, Enero 14 de 1920.—C. . . .

AVISO

Al público en general, pero especialmente a la Policía (que no ha de saber nada) comunicamos que ha resultado elegido el señor doctor don

JOSE LUIS TAMAYO

para Presidente de la República de 1920 a 1924
(S. E. u O.)

Frente
al
problema



Tercer

Lo mismo que un insecto enamorado
del dulce nectar de un florido broche,
con todas mis potencias me he abismado
en la boca profunda de la noche

Ni una luz, ni un sollozo, ni un suspiro
turban este mortal recogimiento:

¿En donde estaría Dios que no lo miro
si hay veces en que creo que lo siento?...

¡Silencio pavoroso! se diría
que nada vive en la extensión vacía;
y hasta el bosque, elevando desde el suelo
la espeja ramazón que nada alegra,
pone en la augusta soledad del cielo
un enorme borron de tinta negra.

ELOY PROAÑO D.

1918

Interview con un imbécil

No soy lombrosiano y me parece sencillamente una estupidez aquello de los criminales natos. Ya lo dijo el admirable Felipe Trigo, en un artículo lleno de desilusión y de melancolía: Si estudiaran los criminalistas la infancia de los criminales natos, la divina inocencia de esos granujillas que más tarde han de asesinar y robar, no tendrían valor para defender el absurdo de la existencia del criminal nato. Pero los criminalistas saben de todo, menos de la vida...

Esto, poco más o menos, dice Trigo y yo creo lo mismo que él. Así que no es una morbosa complacencia científica la que me ha llevado a tratar de este punto, sino más bien la creencia inocente de que así como una persona de mucho talento tiene enorme interés, para mí, puede tenerlo también una persona completamente imbecil.

Ahora bien, aclaro que nunca he cogido en mis manos un diccionario y que ignoro en absoluto la acepción que el diccionario dará a la palabra imbecil, pero cuando la aplico a ciertas personas estoy seguro de no equivocarme jamás. Tengo, pues, una especial manera de comprender esta palabra a la que he dado, para mi propio uso, particulares acepciones sin consultar a la Academia de la lengua ni a la Gramática de los Hermanos Cristianos, entendiéndose que, para mí, todos los que se dedican a fabricar gramáticas son ejemplares duplicados de Hermanos Cristianos.

Necesitaba de este pequeño exordio para presentar a mi hombre que, para el resto de la gente, bien puede que no sea tan imbecil como lo creo yo, pero, en fin, ... allá los demás, y aquí nuestro imbecil.

Lo he encontrado casualmente, casualmente he tropezado con él en el camino de mi vida, como cualquier día tiene uno el inopinado encuentro de un entierro.

Yo, regularmente, soy muy distraído, y habría pasado indiferente por su lado; sin reparar en él, como cuando

encontro un carro mortuorio y después tengo que hacer esfuerzos de memoria para acordarme si fue efectivamente un carro funerario el que se atravesó en mi camino o si fue un camión de transportes (aunque para el caso, uno u otro vehículo son carros de transportes).

Con la suficiencia que caracteriza a estas personas . . . domésticas, me interpele súbitamente y me hizo notar (quizá por el gran deseo de trabar conversación conmigo) que el camino que había elegido, no era el que yo debía seguir—según su inflexible parecer—y que todas las ideas que yo tengo son pésimas, desde su infalible punto de vista.

Creo que no es preciso describir físicamente al sujeto en cuestión, porque como todos los de su especie, es afromente vulgar, tan vulgar y chabacano como ciertos católicos universitarios y ciertos ignorantes tipógrafos que hacen revistas teatrales por arte de la prostitución periodística y por aquello de que los perros chicos son los que más ladran al desconocido transeunte.

Sólo diré, eso sí, que el individuo que he tenido la suerte de encontrar tiene toda la facha de un lego de jesuita, y eso debe haber sido, porque todavía no arroja el pelo de la dehesa (*plebeyo de los solipsos* lo llamaría el jesuita alemán Inhofer) y, naturalmente, usa anteojos para parecer inteligente. Crean ciertas personas que la miopía es una señal exterior de talento, y no saben que en la mayor parte de los casos es una confirmación visible, a simple vista, de la miopía intelectual.

Sin que vengan al caso; más, por cierta incurable manía muy propia de los anormales atáxicos, púsose a hablar de cosas que no entendía ni por el forro; yo lo dejaba hablar sin oírle casi y sin contradecirle un término. Charlaba de literatura . . . de versos . . . Dijo que detestaba la literatura moderna y los poetas modernos y me llenó los oídos con una ridícula e

insufrible conferencia, mitad *sermón* de cara de pueblo, mitad incomprensión estúpida de la cosas moderna, más que mal intencionado y ratonil comentario.

Su cerebro microcéfalo y obtuso, acusa un raquitismo intelectual y una pobreza de médula, debidos, sin duda, a la lenta decadencia moral de anteriores generaciones torturadas por inquisitoriales prejuicios y por oscuros y asfixiantes principios ancestrales.

Esta misma pobreza moral es la que le hace creer, entre otras tonterías y estupideces, que los escritores modernos tienen el diccionario por delante y todo el mundo ha de pensar como piensan los jesuitas....

Así, por ejemplo, al hablar de unos versos que por allí encontramos y que, poco más o menos, empiezan así:

Haber nacido en la época del Renacimiento
del amor de una dama con un aventurero....

él me decía: ¡Habrás tontería igual! Descar ser hijo de una... cualquiera! ¡El que escribió esto es un loco o un animal! Porque, fíjese Ud., fíjese....

¡Tuve ganas de decirle: "el verdadero animal es Ud.", y mandarle a un cuerno, pero me contuve, y apenas le hice

esta observación:

—Pero, hombre de Dios! ¿Se figura Ud., quizá, que el que hizo esos versos habría mejor querido ser hijo de la Beata Mariana de Jesús? . . .

No le gustó mi observación, porque es muy buen católico (también por atavismo) y frunciendo el ceño pasó a hablar de otras cosas . . . literarias.

Hoy día, me decía, todo el mundo cree tener derecho de decir lo que se le ocurre.

Me acordé de Quevedo:

¿No ha de haber un espíritu valiente,
siempre se ha de pausar lo que se

(dice,
nunca se ha de decir lo que se
siente?

Pero me la guardé para mí mismo y no lo contesté nada.

¿Para qué discutir con un imbécil? Pero me separé de él porque no quise comenzar a aburrirme. Esta clase de conversaciones, si es verdad que al comienzo divierten, cuando se prolongan demasiado resultan pesadas.

Me fui contento, había conocido al tipo perfecto del imbécil, que hoy, lector te lo presento a tí.

Simplisimus

: : : Crónica Universal : : :

1920

«El 420»—periódico florentino, trae una página caricaturesca, el gráfico mundial más expresivo. Es «El Banquete de la Paz».— En una parte del cuadro, las grandes potencias celebran el gran banquete de la paz. Un biombo las separa del resto de las figuras. Detrás, por todas partes, todo es agitación, locura, frenesí, luchas. La Rusia, en un paroxismo de furia, lucha y se desespera entre el honor de un catolicismo sangriento y fanático. Polonia y Alemania se dan de palos. El Japón y la China se tiran de las

trenzas. Los húngaros descabezan a los Imperiales. La Servia se pelea con Teheco-Slavonia. Grecia se acuchilla con la Turquía. La India y el Egipto quieren morder a Inglaterra. La Yugo-slavia mira enfurecida a Italia. En primera línea, el proletariado apalea al Capital. Ríñen perros y gatos. El costo elevado de la vida corre perseguido por los pobres. Hay una sensación de desorden, de frenesí, de vértigo; es la visión exacta del mundo, que corre estremecido, agitado por inmeusos problemas . . .

¡Y esto se llama la Paz!!!

APOTEOSIS

Era el día de las pasomas de la caballería;
todo era fiesta y música en la ciudad bravía

que vió sobre sus muros la mística oriflama
y enardeció a los Oides con ardorosa llama:

Allí la fiesta insigne de cascos y pendones
y el relucir heroico de escudos y blasones;

allí las armas rotas y las empresas trágicas
y las empuñaduras como visiones mágicas;

allí las viejas hojas labradas en Toledo
que asombraron al fuerte y espantaron al miedo;

y el relámpago sordo salido de Damasco
que se hundía en las oscamas del acerado casco,

como se huude un cuchillo de brillantes alburas
entre la carne blanda de las frutas maduras.

Pasaban en silencio los nobles caballeros
cuales rubios y bellos, cuales toscos y fieros,

cortejo pavoroso que al espíritu asombra
cual tropa de fantasmas que marchan en la sombra;

todos evocan raras historias, vidas
de heroicos semidioses, locas acometidas

de uno contra ciento, y el desastroso empuje
de un brazo sobre un pueblo que ensangrentado ruge.

Aquel forrado en fierro se asemeja a una larva
salida del infierno; el de la recia barba

desató con los duros filos de su cuchillo
el encanto diabólico de no se cuál castillo;

ése del pendón rojo que ante la brisa ondea
cruzó con su divisa los campos de Judea

siguiendo con su tropa que desconoce el miedo
la luz de las miradas del hombre Godofredo;

el que cruzó la Europa en busca de aventuras,
durmí en encrucijadas en las noches oscuras;

un príncipe ha arrancado de mis alas ¡oh glorio!
las plumas de su casco que es el de la victoria.

Ninguno de estos hombres conoció la perfidia
y al lanzarse cual rayos en la espantosa lidia,

ninguno llamó al odio sino a lo que más se ama
al hechizo celeste de Dios y de su Dama.

Su escudero es la muerte (perro hambriento de presa)
al que azuzan gozosos no bien la lucha empieza.

Los negros caballeros que alientan un empeño
tienen el rostro trágico y la actitud del sueño;

a su marcha tranquila, pensativos y huraños,
se siente inquietud vaga de países extraños...

Desfila el gran cortejo ... Bivalizando a Marte
va un héroe a la cabeza, despliega un estandarte

blanco, en cuyo centro contrastado palpita
una enorme cruz roja que a la batalla invita:

¡Es Santiago! Es el padre de la orden sagrada
que rindió a la Justicia tributo con la espada;

es Santiago (un apóstol de remendado manto)
guerrero en las batallas y en los altares santo.

Al llegar a un cerrado pelenque toman puesto
y esperan la voz nueva con inmutable gesto.

"Aquel de entre vosotros ¡oh reyes del estrago!
(exclama con fiera voz la voz del gran Santiago)

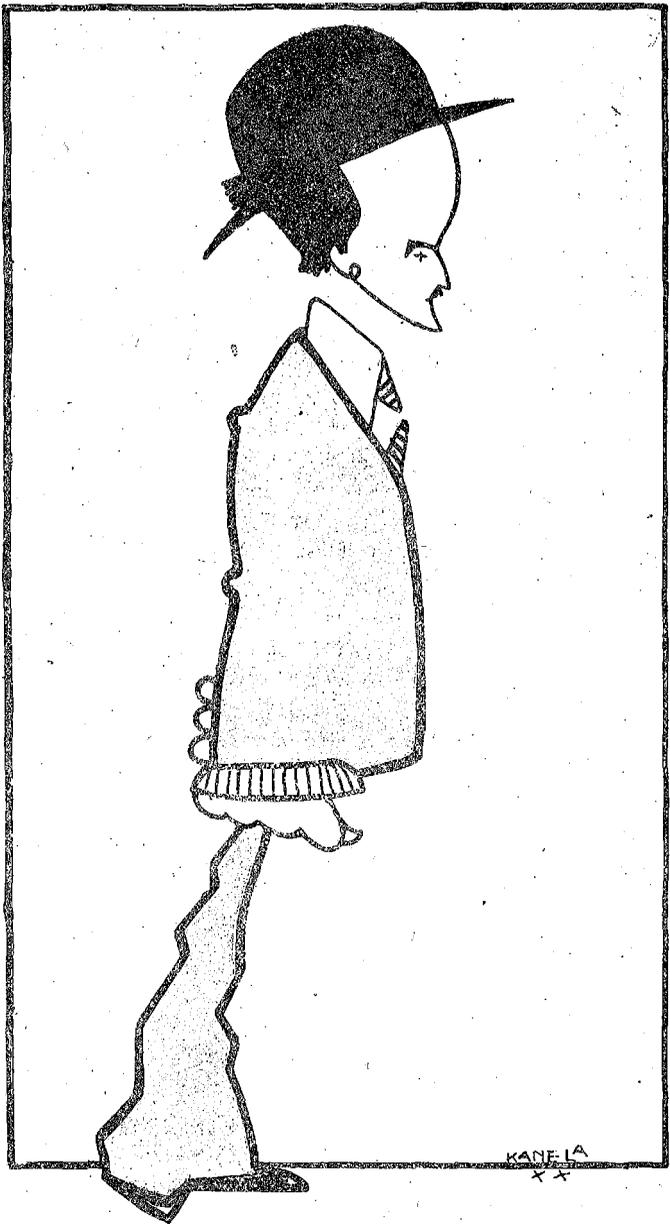
"aquel de entre vosotros que en todo tiempo y día
haya sido el modelo de la caballería,

"a quien haya emprendido la aventura más loca
a ese esta corona de dominios le toca.

Yo soy el Juez..."

Y al punto sobre la plaza muestra
el haz de unos laureles que agita con la diestra.

¿Y a quién de aquellos hombres no alcanzará el tesoro,
cuál no luchó en la sombra, cuál no ha vencido al moro?



El Dr. Marco B.... Catón Cárdenas

Todos gritan: los unos aclaman a Bernardo
los otros ven las glorias rennidas en Bayardo,

y luego, a una voz sola y el mundo por testigo,
proclaman Rey de empresas al Gran Oid Don Rodrigo.

Al Gran Oid Don Rodrigo, el caballero fuerte
a cuyos ciegos tajos se adociló la muerte.

Impasible el apóstol espera un nuevo nombre
en que brillen más fúlgidas las virtudes del hombre.

Súbite, entre las risas del pueblo entero, salta
al medio del estadio un paladío; le falta

robustez y belleza; su cuerpo es hoy escualido
y bajo la celada su rostro está más pálido.

"El es! grita Santiago, entre su noble ceño,
conoced al monarca del gran país del sueño.

Victoria al que ha luchado con el feroz vestigio
al que hundió con sus botes los ataques de un siglo,

salud al héroe eterno!!!

Y al grito de victoria
aplauden esos negros angidos de la gloria.

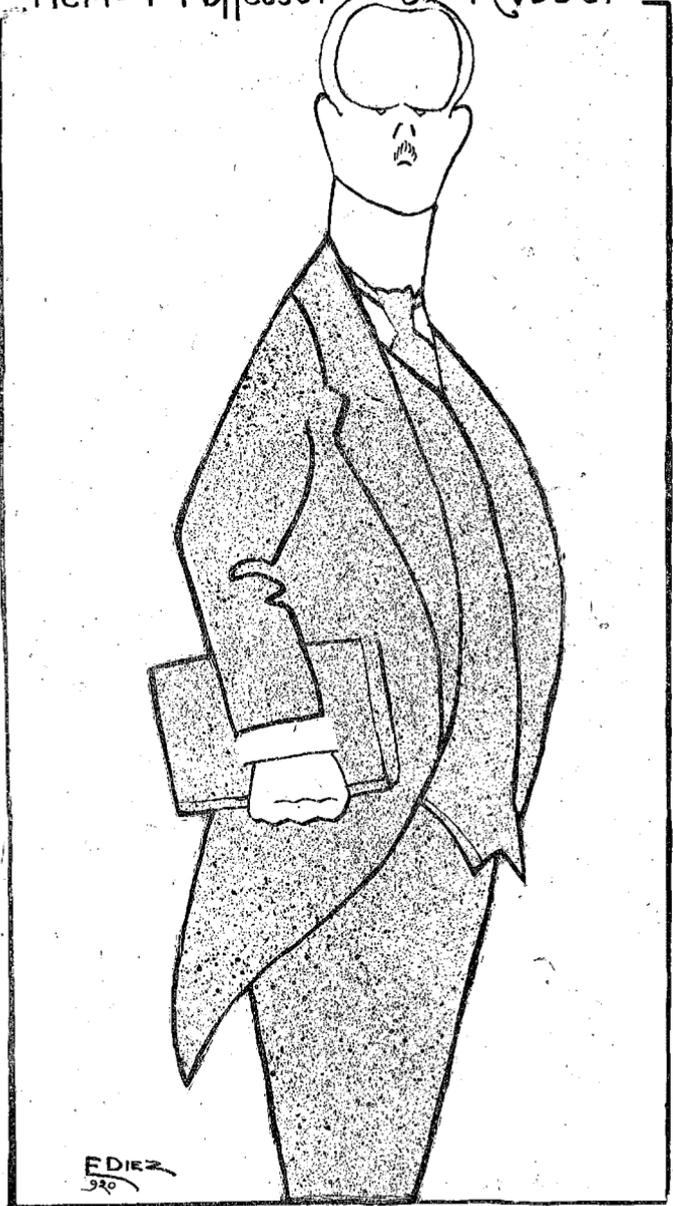
Flamean los estandartes, resuenan los clarines
cuyo vibrar sonoro repiten los confines

Sube las altas gradas el flaco caballero,
y ante la faz pasmada del universo entero,

premiando los impulsos del generoso brote
la mano de Santiago corona a Don Quijote!!!

Juan Antonio Maya.

Herr Professor Rybbel



Eminencias(?) importadas.

Porque lloraba el piano....

Porque lloraba el piano y porque Suzón tenía, no sólo qué luz extraña en los ojos, hubo un suicida más aquella noche.

Agrupados alrededor de una maleficencia, en la agresiva voluptuosidad de las pequeñas almas, los lívidos pierrots, las colombinas rubias, los marqueses ceremoniosos, los arlequines, los monjes y las pastoras desuennaban en un torneo de trombas las reputaciones y las almas de los vacuos y de los ausentes. Era un rumor teñido, de donde saltaban cohetes de risas... Porque mientras en los salones vastos se arremolinaba la multitud arrebatada en el vértigo de los vales que multiplicaba la orquesta estruendosa; en aquella sala de reposo y de intimidad, sólo ritmaba un piano difuso, cuya plegaria era apenas un tal entro las indiseraciones y un ardor para atenuar la crudeza de las palabras.

—Los que conocen a Suzón—concluyó un maldiciente senador romano que reinaba en un corro junto a la puerta—comprenden que no ha venido aquí con otro fin... Nuestro aristrión, hoy rico y en plena gloria, fue un tiempo su protector afortunado... La vida les separó después... Pero hay amistades que no se olvidan... y que se desean reanudar, aunque en apariencia se haya abandonado la vida tormentosa y se adora a un adolescente apasionado... Salta a la vista que ese niño imprudente no ha podido comprender ni domar nunca el alma compleja de Suzón Darnan, de la discipula de alcoba del maestro Garpín...

Un gemido sordo se dejó oír cerca del grupo y algunos creyeron ver que un gondolero de Venecia se desplomaba sobre una silla y se llevaba la mano al antifaz. Pero, puede acaso ocurrir algo serio en un baile de trajes? Sospechando una broma, los enmascarados sonrieron y reanudaron sus murmuraciones, mientras el piano

gemía intensamente sin hallar un eco en las almas...

*
**

Pocos minutos más tarde, en una galería estrecha, cerca del bufet, alguien sorprendió un diálogo vivo.

—Me enervas con tus colos—decía una marquesita empolvada abanicándose febrilmente;—¿sabes que te lo he sacrificado todo, por qué insistes así?...

El gondolero, que la hablaba en voz baja, pareció hacer un esfuerzo para contenerse.

—Pero, ¿por qué me has mentido, Suzón?—repitió con voz sorda.

—¿Yo te he mentido?

—Explíquemonos. ¿No estamos en casa de Jean Garpín?...

—Sí...

—¿No nos ha traído aquí una idea tuya?

—Sí...

—¿No has sido tú quien me ha obligado a buscar las invitaciones?

—Sí...

—¿Por qué has cometido esa infamia? ¿Por qué me has librado a la risa de todos los que conocen tus antiguas debilidades?

—No sabes lo que dices... Esas gentes han mentido... Yo no he conocido nunca a Garpín...

Una mano crispada oprimió el brazo de la marquesita.

—Es inútil que eleves la voz para negar... Acabo de oír hablar de ello, como de algo corriente... Lo sé, como todo el mundo lo sabe aquí.

—Entonces, ¿por qué preguntas?... ¿No sientes cómo me lastimas y cómo me desgarras con lo que dices?... Suéltame o llamo... Suéltame...

—No...

—Mira que grito y se arremolinan las máscaras y se desencadena el escándalo... No juegues con mis nervios, Julián... No espolees mi orgullo... Lo he dejado todo por tí,

pero hay algo indomable en mi alma que no se doblará nunca . . . No me maltrates . . . Suéltame . . .

—Vámonos . . .

—No . . .

—¡Vámonos!

—¡Rápito que no! Estoy segura de lo que soy y de lo que haré y puedo entrar ahora a todas partes . . . No me niegues tu confianza . . . Mi vida anterior fue un sueño . . . La verdadera data de tí . . . Pero no pretendas ser el amo . . . Mi sensibilidad es enfermedad a fuerza de ser vibrante . . . Suéltame . . .

—Es inútil . . . He visto en tus ojos un reflejo raro y tu obstinación me está diciendo a voces que algo se retiene aquí . . . O vienes conmigo y obedeces, o . . .

—Ahora menos que nunca; ¿lo oyes? . . .

—¡Vámonos! . . . La salida es por aquí . . . ¿Me entiendes? . . . No me hagas perder la calma . . . Mira que no respondo de mí . . . Mira que . . .

—¡Oanalla! . . . ¿Me empujas como a una mejorzuela? Te odio . . . Suéltame . . . Adiós . . .

Y en un empuje brusco, la «marquesita» se escapó de las manos del gondolero, atravesó las sillas y se hundió en el mar de parejas que reían nerviosamente bajo el techo deslumbrador de serpentina.

*
*
*

El adolescente dejó caer el antifaz y se cerró los ojos. Se hubiera dicho que se sentía hombre por la primera vez al contacto del dolor. Todos sus entusiasmos y todas sus ilusiones naufragaron en aquella lágrima . . . Al conjuro de lo que acababa de oír, adivinó la vida . . . Sin embargo, trató de sonreír, y erró el azar, hasta

que se encontró de nuevo en el saloncito donde había sorprendido la confidencia . . .

El piano seguía diciendo en secreto sus vagas lamentaciones entrecortadas por sollozos. La pieza estaba sola. Apenas había en un ángulo, sobre el canapó de púrpura, un pierrot borracho que roncaba . . .

El gondolero se dejó caer vencido sobre un asiento. Su mano ciega oprimió el puñal diminuto que pendía del cinturón. Y sus ojos grandes y absortos miraron la hoja clara y fina que brilló como un rayo de luna al brotar del estuche de terciopelo . . .

Nadie asomaba por las puertas . . . El pianista, atraído por el desmayo de las notas, parecía abandonarse a los sueños que evocaba sin reparar en lo que ocurría a su alrededor . . .

¿Quién no vacila un segundo al sonar el infante? Pero la obsesión acabó por triunfar . . . Y en relámpago rojo cayó el amante burlado sobre el tapiz echando sangre por la boca . . .

Fue la señal de una gran confusión entre las máscaras. Al llamado del pianista que despertó de su letargo para sacar la cabeza por encima del atril, surgió un gran entrevero de enmascarados multicolores que se interrogaron ansiosamente y se oprimieron atónitos, formando un efecto alborotado alrededor del adolescente que acababa de expirar. Pero algunas sintieron un escalofío de tragedia, cuando desganándolo todo, abriéndose puso con las niñas, como una fuerza loca, apareció una mujer de malenada que se arrojó sobre el cadáver, lo cubrió de besos y volviéndose a los murmuradores con el brazo extendido en amenaza, les aconsejó: —¡Asesinos!

Era la «marquesita».

MANUEL UGARTE.

JUGUETES

Gran variedad

ZAPATITOS para niños, en colores: aurora, rosado, negro, negro con caña blanca y blanco.

El mejor surtido de plaza

ZAPATILLAS de fieltro, clase extra, para señoras, caballeros y niños.

BOAS y MANGUITOS, en distintos estilos y colores de última moda.

Artículos para caballeros

Perfumería. Juegos finos de porcelana para té y café.

BOMBONES, clase superior, en cajitas de fantasía, acaba de recibir y ofrece en su nuevo local,

EDUARDO RIVERA

Calle del Correo. — Frente al Pasaje Royal.

Cigarrillas Corona



Exagonos%.....\$.....8.80

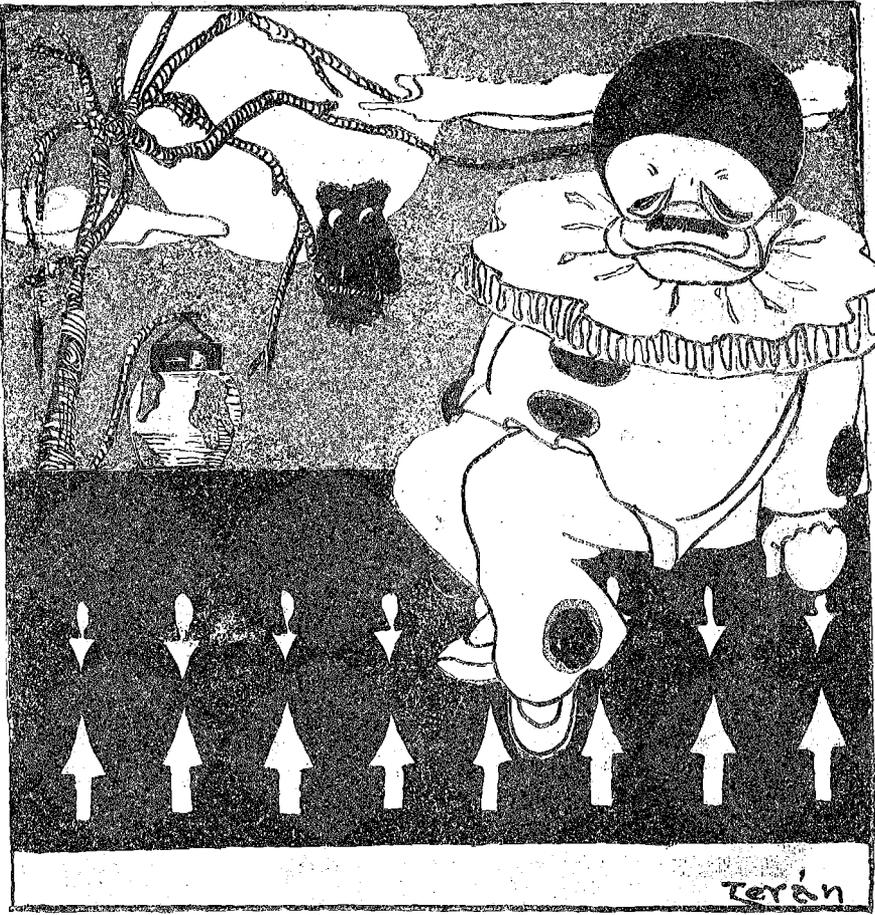
Elegantes%.....\$.....9.40

Hedra%.....\$.....9.40

Con el nuevo impuesto

Ugo Byron Inoucajof

CARICATURA



Nostalgias políticas!!!.....